



CAPÍTULO III

El origen del hombre.

566. Vamos ahora á abordar una cuestión que tiene despierto en grado relevante el interés de los monistas, pero también el nuestro. Podemos decir sin temor á la exageración que la concepción mecánico-monística del mundo no se presenta en ningún extremo tan preñada de gravísimas consecuencias como en su aplicación al hombre. "Así como el hombre es la medida de todas las cosas, dice HÆCKEL, es natural que las últimas cuestiones fundamentales y los más altos principios de toda ciencia dependan de la posición que nuestro conocimiento tan adelantado de la naturaleza asigna al hombre mismo en sus dilatados reinos". La cuestión del origen del hombre constituye la base de todas las cuestiones que hoy día traen agitados los ánimos.

Podemos distinguir tres corrientes distintas en el progreso que arrastra consigo la moderna civilización. La primera, que desde un siglo se halla en marea alta y aun siempre creciente, se caracteriza de *anticristiana*, en cuanto trata de substraer todo el orden natural, con todas sus fuerzas é instituciones, á la influencia del Cristianismo. La segunda, que llamamos *antisocial*, aspira á emancipar y hacer independiente á todo hombre de las relaciones sociales ordenadas por Dios en la naturaleza. La tercera, finalmente, que es la más moderna y la más fundamental, podría ser llamada *antihumana*, porque arremete contra los fundamentos mismos de la dignidad humana, tratando de arrebatar al hombre los ideales eternos de la verdad, justicia y moralidad, para entregarlo á la

¹ La teoría evolucionista moderna. Conferencia, pág. 1.

violencia de sus instintos sensuales. Porque á tal punto hemos llegado ya arrastrados por el progreso sin freno, que se ha hecho pesado al hombre, adoctrinado por los moralizadores modernos, tener que ser más que un animal á secas. Así es que, en los tiempos que atravesamos, está á la orden del día la *cuestión de la animalidad*, cuya solución se pretende hallar en la que se consiga dar á la del origen de los animales.

567. A pesar de que jamás ha sido puesto en duda que el hombre pertenece según su cuerpo al reino de animal, por lo cual hasta todos los filósofos cristianos suelen definirle diciendo que es *animal racional*, la naturaleza del hombre no ha dejado nunca de llamar y hallar la atención particular y preferente de los sabios, por lo mismo que lo tenían por un animal dotado de razón. Ya en el Génesis se atribuye, no solamente al alma, sino también al cuerpo del hombre, un origen del todo diferente del que tuvieron los brutos. Por otra parte, ni aun el materialista más aferrado á sus ideas puede menos de tratar en la vida práctica al hombre muy de otra manera que á los animales irracionales.

Aquí donde se trata de averiguar el origen del hombre, los defensores del monismo mecanista mantienen con singular energía su "gradación nunca interrumpida". Al proceso genético puramente mecánico ha de agradecerse "el que, según TYNDALL se expresa, no solamente las formas toscas de la vida de los infusorios ó de cualesquiera otros animales, hasta las nobles del caballo ó león, no solamente el mecanismo maravillosamente refinado del cuerpo humano, sino también el espíritu del hombre, la sensación, el entendimiento, la voluntad con todas sus manifestaciones, hayan estado contenidas de modo latente en una nube ígnea". No tememos, pues, ser censurados por ninguna parte cuando separemos la cuestión del origen del hombre de la investigación del origen de las diferentes clases de animales para consagrar á aquélla nuestra atención particular.

Da la importancia del tema, parece indicada primero una breve ojeada retrospectiva á la historia de esta cuestión.

§ 1

Los defensores de la descendencia animal, y sus razones.

568. Antiguamente, todos los pueblos y sabios estaban persuadidos de que los hombres primitivos habían entrado en la existencia *como hombres*. Sin embargo, no puede negarse que en algunas naciones se encuentran débiles vestigios de la opinión contraria, según la cual el hombre había de haberse originado del

animal ó de otras substancias orgánicas. El milesio ANAXIMANDRO enseñó que los hombres habían tenido primero la forma de peces, cubiertos de una especie de corteza espinosa; y después, cuando podían ya sustentarse de otra manera, que habían salido del agua á la tierra, despojándose de su piel acorazada y adoptando la forma que hoy día ostentan. Los hombres, opinaba, necesitaban de demasiados cuidados ajenos para que los primeros padres del género humano hubiesen podido mantenerse ellos mismos si desde luego hubieran venido al mundo como hombres¹. El agrigenino EMPÉDOCLES hacía originarse, así los hombres como los animales, de la combinación fortuita de los diferentes miembros, contando que primero se habían formado las diferentes partes por sí solas: cabezas sin cuello, brazos sin hombros, ojos y oídos, y así los demás; después estas partes se habían buscado unas á otras, y unídose con la primera que topaban; de suerte que hubo toros con cabezas de hombres, hombres con orejas de asnos, y otros monstruos por el estilo, hasta que de entre tantas formas peregrinas fueron saliendo algunas cuantas capaces de prolongar su existencia². Más tarde encontramos ideas análogas á ésta en el epicúreo romano LUCRECIO CARO.

De allí en adelante se halla la afición á la descendencia animal de modo muy esporádico y vago, en unión con la concepción materialista y panteísta del mundo.

Los ensayos de Lord MONBODDO (1773) para presentar al hombre primitivo en el orangután, apenas merecen mencionarse. Alguna más importancia envuelve la tentativa de F. F. LINK de comunicar forma científica á esta hipótesis³. Sin duda opinó este sabio que la raza negra debía tenerse por la forma primitiva de nuestro linaje, dado que siempre lo blanco es degeneración de lo negro, y colocó en lo que ahora es Océano Índico un continente hundido de donde salieron hacia el Oeste los negros, hacia el Este los mongoles, y hacia el Norte los caucásicos.

El influjo de la Filosofía alemana panteísta, unido á supuestos mitos indios norte y sudamericanos acerca del origen animal del hombre, parecen haber inducido al conocido filólogo GONFREDO HERMANN á pronunciar en ocasión solemnisima (1839), en Leipzig, un discurso á favor de la teoría pitecoidea, el cual alborotó entonces mucho. Con pasmosa gravedad afirma este sabio que el miembro intermedio entre el mico y el hombre había sido

una mona de aspecto menos brutal, y de moral y modales más cultos y delicados.

569. Como primer sabio de nota que con cierta eficacia declaró ser la descendencia animal del hombre una hipótesis digna de toda atención, debe nombrarse al fisiólogo TOMÁS ENRIQUE HUXLEY¹, quien se apoyaba al efecto de modo preferente en el nuevo descubrimiento del gorila (1847) como del mono más semejante al hombre de todos, sobre el cual en 1861 el viajero africanista DE CHAILLU había comunicado algunas noticias curiosas, opinando "que las diferencias anatómicas que separan al gorila del chimpancé no son tan considerables como las que distinguen al gorila de los monos inferiores". En cuanto á la teoría pitecoidea, afirma aquél que, si bien no estaba rigurosamente demostrada, era una aproximación á la verdad, como lo fué la teoría copernicana acerca del movimiento de los planetas². Casi al mismo tiempo vieron la luz pública las lecciones de CARLOS VOGT sobre el hombre. El teólogo ginebrino, que antes era adversario de toda transformación, defiende en ellas su descendencia del mono, porque, según él mismo confesaba, podía esperar tirar desde esta posición más chinitas al jardín de la fe cristiana. Acentúa ante todo la aproximación de las razas inferiores de los hombres al tipo del mono, y pretende haber descubierto en los llamados microcéfalos una especie de reincidencia (atavismo) en la forma pitecoidea primitiva del género humano, y, por lo tanto, un miembro intermedio muy importante entre el hombre y el mono. Cuando después los naturalistas más expertos (AELY, BISCHOFF, VIRCHOW, VON LUSCHKA) destruyeron la falsedad de esta teoría, VOGT se vió precisado á abandonarla en el Congreso de antropólogos celebrado en 1872 en Stuttgard, y hasta se le obligó á confesar que nunca había examinado el cerebro de un microcéfalo.

Mientras tanto, la disertación del geólogo británico LYELL "sobre la edad del linaje humano", la cual remontaba él al período inmediatamente posterior al terciario, había venido á dar nuevos alientos á los defensores de la teoría pitecoidea, animándolos á romper aún decididamente con las teorías hasta entonces sostenidas. El profundo conocedor de la fisiología de las plantas, M. J. SCHNEIDER (en sus "tres Conferencias populares", LEIPZIG, 1863), el schellingiano jenense K. SNELL (en su librito *La creación del hombre*), y el pansiquista bernés MAXIMILIANO PERTY (en sus Conferencias antropológicas), enseñaron el origen animal del

¹ PLUT., *Quaest. symp.*, VIII, 8, 4. Plut. b. EUSEB., *Præp. ev.*, I, 8, 2. *Plac. phil.*, V, 19, 4.
² Cf. ZILLER, *Sobre los presurores griegos de Darwin*. Berlín, 1878. Publicaciones de la Real Academia de Ciencias, pág. 116.

³ En el libro *El mundo primitivo y la antigüedad esclarecidos por la Historia Natural*, 1827.

¹ Así se expresó en 1859 en una Conferencia, y en 1863 en el libro *Evidence as to man's place in nature* ("Testimonios relativos á la posición del hombre en la naturaleza").

² HUXLEY, *Evidence*, etc., traducción alemana por CARUS. Braunschweig, 1863.

hombre con relaciones de parentesco lateral con las diversas especies de monos. Que luego toda la caterva de materialistas (HUDSON, TUTTLE, L. BÜCHNER, THOMASSEN, FIL. SPILLER, G. JEGGER, FED. ROLLE, y al frente de todos ERNESTO HÆCKEL) se abalanzaron cual nube de langostas con verdadera hambre canina sobre manjar tan sabroso, no hay sino recordarlo aquí.

570. Según advertimos, fué ante todo el catedrático jenense HÆCKEL quien tenía por hecho absolutamente cierto el origen animal del hombre. Ya en su primera obra extensa (*Morfología general de los organismos*) anatematizó á cuantos pusiesen en tela de juicio el nuevo dogma. Con el mismo aire de triunfador aboga por él en sus escritos posteriores, *Historia natural de la Creación*, 1868, y, sobre todo, en la *Antropogenia*, que en 1877 salió de la prensa por tercera vez. "Carlos Vogt, dice, se había enfascado en la peregrina teoría de que la descendencia del hombre no puede remontarse sino hasta los monos, y no más arriba hasta los animales menos perfectos. Cuando preguntamos por las razones en que funda su propia tesis el catedrático jenense, oímos lo siguiente: La tesis de que el hombre se ha desenvuelto de los animales vertebrados inferiores, y en la última etapa de monos genuinos, estriba en un especial *silogismo deductivo*, resultante con necesidad absoluta de la ley general de *inducción* de la teoría entera de descendencia. Esta grandiosa ley inductiva de la descendencia de todos los organismos de unos cuantos tipos primordiales descansa, según HÆCKEL intenta hacérselo creer, en los hechos recogidos por la Paleontología, la Anatomía comparada, el sistema natural, la Corología (teoría de la propagación geográfica de los animales y vegetales), pero ante todo en la historia genética del embrión u ontogenia de todos los organismos. Aquel *silogismo deductivo*, ya sostenido en sus pies, ha de ser comprobado por la *inducción* científico-natural.

571. En primer lugar se trae á plaza la teoría establecida por HOBBS y LOCKE sobre la bestialidad primitiva de los hombres prehistóricos. La tesis de la antigua estupidez y fiereza de nuestro linaje, que han defendido LUBBOCK, TYLOR, F. CASPARI, H. MORGAN y otros adeptos de la escuela llamada "salvajista", ha de corroborar innegablemente el origen pitecoideo del hombre. Salen también á la escena, para hacer más palpable esta linajuda genealogía, hombres con rabo y pelo en todo el cuerpo, naciones de enanos, hombres selváticos con hocico de fieras, que, según narra en su *Historia de la Creación*, "viven reunidos en manadas como los monos, trepando á los árboles y comiendo fruta lo más," no conocen todavía el uso del fuego, y para defenderse y atacar se sirven solamente de piedras y palos; y demás monstruos más ó

menos "humanos, que viajeros dotados de suficiente fuerza imaginativa pretendían haber visto en el continente africano; burbujas de jabón que han reventado hasta ahora todas sin excepción, no bien otros viajeros tuvieron ocasión de mirarlás más tranquilamente.

Según O. CASPARI, debemos figurarnos á las diferentes clases de animales, incluso los hombres, como fósforos más ó menos inflamables. Interrogado por qué, con todo eso, solamente los hombres han inventado alguna cosa, este filósofo contesta así: "El primer impulso á esta dirección inventiva lo dieron solamente aquellas razas que, dotadas por naturaleza de la índole más inflamable, tenían la más frecuente ocasión, en sus distritos y continentes respectivos, de rozarse y encenderse en determinado sentido".

Después se excavó en las capas estratificadas del mundo prehistórico para encontrar huesos fósiles de hombres y monos con que llenar los huecos de una manera plausible. Desde que en 1856 se realizó en el valle de Neander, cerca de Düsseldorf (Prusia rijniana), el famoso hallazgo del "cráneo", al que LYELL, HUXLEY, y en tiempos casi recientes AEBY, HYRTL, VIRCHOW y otros, niegan toda fuerza demostrativa por considerarlo como una deformidad patológica, á la vez que RODOLFO WAGNER quiso reconocer en él la calavera de un antiguo holandés, se levanta casi todos los años una gritería espantosa en torno de fragmentos fósiles de cráneos y esqueletos, hasta que un investigador más serio pone fin á la baránda. Esta fué la suerte del "cráneo de Engis", respecto del cual HUXLEY confirmó que podía haber pertenecido hasta á un filósofo; del "cráneo de Cro-Magnon", cuya edad se remontaba al período de los mamuths, bajo el cual, según el dictamen de BROCA y QUATREFAGES, pudo haberse cobijado una inteligencia eminente; y no sucedió otra cosa en los cráneos hallados en Bélgica y Francia, que, cual cohetes, despertaron por un instante el entusiasmo de los hombres *micófilos* de la edad presente.

Finalmente, se recordaron casos estupendos de hombres parecidos á animales, que por cierto se dan de vez en cuando, pero que se interpretaban como recaídas en fases anteriores de la evolución del género humano. Ciertas formaciones orgánicas mal desarrolladas (rudimentos), cuales son el párpado interior, las vértebras de la cola, la oreja, que ahora no son de ninguna utilidad al hombre, pero que no habrían dejado de serle provechosas en su antiguo período de animal.

572. Muy particularmente, empero, HÆCKEL encuentra en el desenvolvimiento embrional del hombre la comprobación más se-

¹ *Historia de los orígenes del hombre*, tomo I, pág. 259.

gura de la deducción, hecha extensiva al hombre, de aquella ley inductiva que, según él, abraza todos los organismos. El mérito que el sabiojenense se atribuye, consiste precisamente en no haberse limitado á extender el darwinismo á lo inorgánico por la parte de abajo y al hombre por la de arriba, sino en haber juntado la historia del desenvolvimiento de las diferentes formas de animales, de las que se desarrolló después de millones de años el hombre, con la historia del desenvolvimiento de cada individuo, ó sea la filogenia, con la Embriología ú ontogenia, cimentando el darwinismo en base más sólida de la que hasta entonces le había sustentado, habiendo encontrado en filósofos naturalistas antiguos, como MACKEL y OKEK, la proposición de que los embriones de los animales recorrían en el útero materno rápidamente una vez más las formas de existencia de las fases anteriores á la suya. De suerte que la historia del embrión es una especie de compendio de la historia de la especie á que pertenece, por lo mismo que ésta es la causa efectiva de aquélla. HECKEL tomó pie de esta tesis para formular lo que llamó *ley biogenética fundamental*, que dice así: "La serie de formas que recorre el organismo del individuo es una repetición compendiada de la larga serie de formas que han recorrido los antecesores del mismo organismo desde los tiempos más antiguos hasta sus padres directos é inmediatos." Esta teoría, dice, nos ha dado á conocer por primera vez las verdaderas causas eficientes del desenvolvimiento individual, persuadiéndonos de que tales causas mecánicas bastan por sí solas para efectuar la evolución del individuo, sin que para ello hagan falta las causas finales ó teleológicas, cuya necesidad antiguamente todos solían admitir.

Apoyado en este supuesto paralelismo del desenvolvimiento de los individuos (de la Ontogenia) y del de toda la especie (filogenia), el atrevido titán de la historia natural construye delante de nosotros todo el árbol genealógico del hombre hasta sus más hondas raíces. Toda vez que á su exposición, ó al menos á sus extremos esenciales, asienten casi todos los naturalistas que cultivan tendencias mecanistas, conviene que para los lectores menos versados en ciencia haeckeliana tracemos un breve y somero bosquejo que les ponga á la vista sus rasgos principales, copiándolo en todo lo esencial de un escrito de WEYGOLDT¹. La cosa debió de haber pasado de la manera siguiente:

573. Después de haber dormido tiempos eternos el sueño de la materia inanimada, nos encontramos una hermosa mañana — sería en el período en que se formó la pizarra primitiva — en el estado rico en esperanzas de la *combinación de carbono*. Como tal

¹ Darwinismo, religión y moral. Leiden, 1878, pág. 22.

realizamos, mediante la antítesis de un *salto mortal*, el progreso á la condición venturosa de *monera*, escalón ínfimo en la escala larga de existencias orgánicas, siquiera no representáramos otra cosa que un modesto glóbulo de albúmina, informe é inferior aun á una célula perfecta, aunque no nos faltaba la capacidad de la sensación y del movimiento, ni la del sustento y propagación. De monera llegamos á protozoa, que al pronto no contenía más que una célula, pero después se compuso de varias merced á la bifurcación ó segmentación de la célula primitiva, siendo entonces comparable á la amiba de hoy. Luego se reunió en el interior de nuestra existencia amiboidea un licor que empujó las células hacia la circunferencia, de manera que en ella formaban una pared muy delgada (blastoderma, pellejito germinativo). En este estado merecíamos tal vez el nombre de planeas, y aun hoy podemos, á la vista de la plánula que atraviesa el agua con un movimiento centelleante, entregarnos á provechosas meditaciones sobre la humildad de la forma de existencia en que todos nos halláramos.

Pero no tardamos en dar un paso grande hacia adelante rompiendo la cavidad que nos encerraba á manera de saco; de modo que la envoltura celular constaba ya de dos capas. De haber tenido un corazón en el cuerpo, debíamos reinos de alborozo, que para menos no era el caso, puesto que, aparte de las primeras trazas de la boca y del intestino, habíamos adquirido las dos famosas láminas blastodérmicas, de las que pudieron desarrollarse por un lado la carne con la piel, y por otro los órganos de la nutrición y propagación. Nuestra inteligencia actual se ve precisada á conferirnos, por aquel período, *a parte potiore*, el nombre de *gastrea*¹, diciéndonos al propio tiempo que podemos venerar en las *gástras*, especie muy difundida, á parientes consanguíneos que no tuvieron, como nosotros, la buena suerte de ser arrancados á la corrupción del fango en que nos revolcábamos juntos. ¡Tengamos compasión de ellos, y congratulémonos de nuestra dicha! Porque nosotros solos, en aquella multitud de vesículas de doble pared, y provistos solamente de boca y estómago, fuimos reputados dignos de que la corriente nos llevase hacia la luz y perfección. Ya entonces, llenos de ese anhelo que con ningún adelanto se da por satisfecho, acometimos al punto la tarea de practicar importantes mejoras en nuestra organización, aún muy imperfecta, dotándonos de los principios de la médula espinal y cuerda dorsal, pudiéndonos llamar *cordeas* con atención á la segunda de estas inapreciables

¹ *Gaster* significa *vientre, intestino*, en griego.

adquisiciones, con las que habíamos penetrado hasta frisar en los límites del reino de los animales vertebrados, donde nuestros próximos parientes, los ascidios, aún hoy se detienen pasmados de tanto progreso.

Por si nos vienen á la mente pensamientos de orgullo, advirtamos que, como cordeas, pertenecíamos á la clase de gusanos, familia no tan ilustre que no tuviéramos motivo de desear despedirnos de ella en cuanto pudiéramos. Pero ¿en qué sentido habíamos de desarrollarnos después? Este problema debería habernos puesto en no menos perplejidad que á Hércules la elección entre el vicio y la virtud, si para dicha nuestra la carencia de cerebro no nos hubiese preservado de los estragos de la reflexión. Teníamos delante nada menos que cuatro caminos, ó mejor dicho, callejuelas sin salida, pues podíamos ingresar en una de las clases de equinodermos, artrópodos, moluscos ó vertebrados. Preferimos la última, no porque tuviéramos conocimiento de las ventajas que nos ofrecía, sino guiados por un azar cariñoso que ya nos había predispuesto para esta honrosa carrera. Porque de aquella cuerda dorsal debió desarrollarse con necesidad natural la columna vertebral con el cráneo, el cual hubo de llenarse de sesos en cuanto la medula espinal tuvo á bien inflarse por la extremidad delantera. Sin embargo, todavía nos faltaban el cráneo y el cerebro en el estado de *leptocardios*, por lo cual HÆCKEL nos dió por aquel período, sin preguntárnoslo antes, la denominación, hoy injuriosa, de *acráneos*. Un primo descubierto en el año 1775, que debe de haberse conservado desde aquellos tiempos remotos hasta hoy, demuestra con todo que á veces se alcanza tanta honra con estar privado de seso como con tener mucho seso, á juzgar por la estima en que la Ciencia tiene á este viejo sin casco desde que HUDSON TUTTLE (en su libro *Arcana of nature*, 1859) llamó la atención de los sabios sobre la importante posición que en la naturaleza ocupaba, pues venía como de molde para llenar el inmenso hueco que, con no escasa inquietud de los biólogos, había estado abierto entre los animales con y sin vértebras. Cuando conquistamos después un cráneo regular, pudimos contemplar el mundo desde la posición, ya más elevada, de *monorrhinos*, aunque solamente á través del agua, que allí vivíamos todavía, á modo de los *boquirredondos* ó *ciclóstomos* de hoy, abrigando tiernos sentimientos de amor de familia hacia las lampreas (petromizontes), que actualmente no nos da vergüenza comer. Mas tampoco en aquel mar cenagoso que servía de morada común á todas esas existencias de tan distinto porvenir debió de habernos animado verdadera caridad, porque, á tenerla, no habríamos dejado atrás á nuestros prójimos cuando nos elevamos á la categoría de selacios, apropiándonos una es-

tructura de funesto parecido con la de los tiburones, nuestros actuales contemporáneos.

Verificáronse todas estas transformaciones en el período arcaico ó primordial, cuando hubo transcurrido más de la mitad de toda la era geológica. Y todavía nos hallábamos presos en el mar, mientras allá fuera ya había comenzado vigoroso el período paleolítico ó primario, cubriéndose la tierra firme de musgos y magníficas selvas de helechos. Entonces nos vino el deseo irresistible de mudar de estado y respirar aire; no hubo más que porfiar repitiendo los ensayos para vivir como *dipneustos*, respirando por pulmones en el fango durante el verano, y por agallas en el agua durante el invierno. Con todo, fué un tiempo poco digno de nuestro destino aquel en que teníamos que afanarnos para llegar á *sozobranquios*, y después á *sozuos*. ¡Pues figurémonos que prima nuestra era la salamandra manchada! Y aparte de esto amagaban á nuestra existencia anfibia muertes mil en la boca de aquellos monstruos, cuyos esqueletos aún hoy no podemos mirar en nuestros gabinetes sino con espanto.

Al expirar el período primario, salieron del tronco común de los anfibios las tres ramas laterales de las clases de animales más perfectos: los reptiles, las aves y los mamíferos, en los cuales no hay vestigio de agallas ni siquiera en la más tierna juventud. A principios del período secundario nosotros nos hallábamos entre la salamandra y la lagartija, paso estrecho y situación nada envidiable, de que no supimos salir sino criando glándulas mamarias y transformando las escamas en pelos; de manera que ya pudimos presentarnos como mamíferos primitivos ó *promammalia*. Podíamos, como á tales, contar entre los monotremas, de los que no han conservado incorrupta su especie sino el ornitorinco y equidna. Después de encaramarnos á una escala más elevada, representábamos una especie de marsupiales, adquiriendo una importancia sistemática de gran alcance, porque en este punto empezó el desarrollo de todos los mamíferos en cuanto animales que forman placenta, cuya diversa estructura puede servir de norma para su división natural.

Desde marsupiales nos desenvolvimos, inaugurando dignamente el período terciario, á la especie de monos que ahora es reputada por la más baja de cuantas abarca el género, la de los *hemipitecos* (*prosimia*, semimonos), semejantes á los lemures actuales, á quienes se ha querido honrar llamando *Lemuria* á la patria original, ó dígase el paraíso del hombre, situándola en lo que hoy es Océano indico¹. Desde allí trepamos á la escala de monos con cola y nari-

¹ El nombre Lemuria fué empleado por vez primera por el inglés SKELTER. La bonita idea arriba apuntada la debe HÆCKEL á H. F. LINNÉ, que en su obra, publicada en 1821, *El mundo primitivo*

ces estrechas (*catarrhinae*), y luego renunciamos á la cola, ascendiendo á la categoría de *monos-hombres* (antropoides), adornados de propiedades actualmente distribuidas entre el gorila, el orangután y el chimpancé. Volviendo después á bajar de los árboles, irguiéndonos sobre las manos traseras y esgrimiendo palos cuando nos vemos amenazados, podía llamársenos *hombres-monos* (*alalos*, incapaces de hablar), comparables á los cretinos ó microcéfalos.

Entonces fué la paulatina adquisición del habla, la que nos elevó paso á paso á la actual altura, revistiéndonos de la dignidad de verdadero *homo*. Es incierto si esta última fase de todo el desarrollo fué en el período terciario ó cuaternario.

574. Así, ó de modo parecido, podemos figurarnos el origen del hombre; pero siempre el punto saliente es que el hombre, el hombre entero, tanto según su aspecto físico como según toda la riqueza de sus facultades espirituales, ha de haberse originado, por vía mecánica, de la materia inanimada.

Las proposiciones de HÆCKEL fueron aplaudidas y prohijadas por DARWIN, quien dijo ¹ mirando á la *Historia natural de la Creación* de HÆCKEL: "Si este libro hubiese salido á luz antes de que yo terminara el mío, probable es que jamás lo hubiera concluido, porque todos los resultados á que he llegado los hallo confirmados por este investigador, cuyos conocimientos son en muchas materias harto más copiosos que los míos." El inglés insiste ante todo en las semejanzas psicológicas entre el hombre y el animal, intentando demostrar que éste posee, no solamente instinto, afectos, memoria, tendencia imitativa é imaginación, sino también entendimiento, libre voluntad, lengua, sentimiento moral, conciencia y hasta disposición religiosa. El perro mira á su amo como á su Dios, y muestra en algunas ocasiones tener conciencia; porque si un pedo no fuera capaz de reflexionar sobre la conducta que antes observara en el monte, diríase á sí mismo: Yo no debía de haber cedido á esa tentación de perseguir á la liebre ². DARWIN saca de todas sus consideraciones la conclusión de que "el hombre descende de un cuadrúpedo cubierto de pelo, con cola y orejas de punta, probablemente de un trepador; los cuadrumanos vienen de un marsupial prehistórico, y éste de un animal entre reptil y pez, que debe haberse parecido mucho á las larvas de nuestras actuales ascidias."

Quien lea las obras de DARWIN, HÆCKEL y consortes buscando

¹ *In antiquitatem*, presumió que la cuna de la humanidad emancipada de la vil condición de monos se había hallado en el lugar del Océano que ahora se extiende entre el África y el Asia meridional.

² En el prólogo á su libro *La descendencia del género humano*, 1871.

³ Tomo II, pág. 345.

en ellas la verdad que ama, dudará más de una vez si efectivamente tiene entre las manos una obra de hombres ilustrados y amantes de la verdad. Mas las alturas del tiempo en que nos vemos colocados nos obligan á reprimir lo mejor que podemos semejantes malos pensamientos y admirar el ingenio que se malgasta en ataviar las necesidades más absurdas con una riqueza pasmosa de hechos mal interpretados y de harapos brillantes de la verdad conculcada.

Autores que todavía conserven un resto de la circunspección con que debe proceder y juzgar el verdadero hombre de ciencia, —no importa que se coloque en el punto de vista de FEDERICO STRAUSS,—distan mucho de atribuir á la teoría que acabamos de bosquejar el valor de una tesis demostrada. "Esta teoría, dice el dogmático de la nueva fe, deja sin explicar infinidad de cosas, no solamente extremos de importancia secundaria, sino verdaderos puntos capitales y cardinales, indicando soluciones futuras más bien que presentándolas en la actualidad. Parécese á una vía férrea nada más que trazada; ¡cuántos abismos hay todavía que llenar, cuántos viaductos que construir, cuántas montañas que horadar! Sin embargo, la dirección ya se ve." Y aunque algunos crean que ya está terminado el "camino real," "algunos trechos no están aún del todo, ó sólo provisionalmente, dispuestos; aquí habrá que hacer un terraplén, allí un desmonte, y en todo el trayecto todavía se sienten los pies lastimados por las asperezas de las piedras recién esparcidas sobre la vía y aún no igualadas por ningún sacudimiento ¹. ¡Lo comprendemos! Pero ante lo peor, ante el hecho de que con sus compañeros de camino se halle en una trocha del todo intransitable, STRAUSS cierra sus ojos con tupida venda. Si los defensores del monismo mecanista nos prometen que todos los fenómenos de la vida humana se acomodarán algún día á la explicación puramente mecánica, y que el acto de la libre voluntad humana podrá resolverse en un movimiento rectilíneo (según dijo DUBOIS-REYMOND antes de tener su día de Damasco), todo eso nos suena lo mismo que si se nos asegurase que el progreso de la Ciencia lograría hacer cinco de cuatro ó construir un círculo cuadrado. Las pruebas científicas de esta opinión nuestra las tenemos consignadas en lo que en otro lugar (núms. 440 y siguientes) dijimos sobre la índole singular de la naturaleza humana. En esto nuestra tarea es mantener lo que allí dejamos expuesto frente á las objeciones de la escuela de HÆCKEL, enseñando que el monismo con su gradación continua no tiene absolutamente ninguna esperanza de demostrar jamás que el hombre descienda de animal alguno.

¹ *La antigua y la nueva fe*, pág. 373.

§ II

Pruebas de la imposibilidad de que el hombre descienda de animal alguno.

375. Cuando se discute el origen ó parentesco del hombre, puede mirarse, bien al hombre *entero*, bien al cuerpo humano por sí sólo, dejando á un lado el alma humana, á la cual se concedería en este caso origen sobreanimal. El monismo mecanista pretende derivar á todo el hombre de la animalidad.

La Ciencia de los tiempos antiguos, de acuerdo con la convicción de toda la humanidad y apoyándose en muchas razones, tenía por verdad demostrada y reconocida que la vida racional del alma humana se diferencia esencialmente de la vida de todo animal cualquiera, y que, por lo mismo, el hombre, con pertenecer á la animalidad gracias á su vida sensitiva, no podía ser considerado, merced á su vida suprasensitiva, como verdadero pariente ó descendiente de ningún animal. Para hacer esta afirmación, la Filosofía no se apoyaba en primer término en ninguna diferencia fisiológica, morfológica ó siquiera anatómica, que ella descubriese entre el hombre y el bruto. Por el contrario, reconocía ingenuamente que el hombre pertenece al reino de los animales por el concepto orgánico. Alguno que otro incurriría en cierta exageración, atribuyendo importancia decisiva á tal ó cual peculiaridad orgánica del cuerpo humano, y esto debe tenerse en cuenta para comprender que aun hoy no falta quien ensalce á GOETHE por haber probado la existencia del hueso intermaxilar, cuya ausencia se había hasta entonces tenido por prerrogativa del hombre, atestiguando de nuevo la continuidad del desenvolvimiento orgánico de animal á hombre, como si no se hubiese sabido de antiguo que entre el organismo del hombre y el del animal reina la más amplia analogía aun en los menores detalles.

Como queda dicho, la diferencia esencial entre el bruto y el hombre es marcada, más que en otra cosa, en el terreno psicológico. Aquí no hay más que recordar brevemente algunas cosas de nadie ignoradas.

I.—LA DIFERENCIA PSICOLÓGICA DE HOMBRE Á ANIMAL

376. Otra vez es P. H. SCHNEIDER, autor cuyo libro *Sobre la voluntad animal* citamos ya algunas, el que compendia mejor que ningún otro las ideas corrientes entre los monistas. Este consecuente hœckeliano se da singular trabajo para mostrar cómo sea

posible establecer relaciones de parentesco entre el hombre y el bruto, no solamente en cuanto á sus formas orgánicas, sino también con respecto á sus potencias espirituales; con otros términos: para mostrar que á la animalidad escueta debe el hombre toda su vida racional, con sus concepciones más ideales y actos de virtud más heroicos, merced á la supervivencia de lo más apto.

¿Cómo sale de su empeño SCHNEIDER? Esta es la cuestión que debe ocupar nuestro interés. Desde luego declara con la mayor frescura que atenderá solamente á lo que hay de animal en el hombre, ó sea á aquel aspecto por el cual todo sirve al sustento de la existencia física y á la conservación de la especie: *cibus et venerca*, conforme Santo Tomás indica el fin de la animalidad. Y luego presupone SCHNEIDER que en el hombre no hay tampoco más de aquello á que SCHNEIDER gusta de atender. El silogismo de que se vale al efecto es en resumen éste: Hay en el hombre cosas de animal; luego no hay en el hombre más que animal, y borrada queda toda diferencia entre el hombre y el bruto que toque á la esencia; como el animal se contiene en el hombre, el hombre se contiene y resume en el animal. Y hagamos cuenta que en este sagaz raciocinio tenemos delante la sabiduría de toda una escuela. Por difícil que nos sea, tenemos que conservar la tranquilidad científica y examinar qué tal se ha la cosa.

377. Sabido es que aquello á que atiende el citado autor, el instinto de conservación, crecimiento y propagación, constituye primeramente el fundamento de la vida vegetativa. En el ente animal va unida la satisfacción sensible al logro de este fin vegetativo. La satisfacción sensible en cualquier forma es el fin que cae en la conciencia del animal. El caso es el mismo, por supuesto, en el hombre, como que también el hombre posee vida vegetativa y animal; y aun en el hombre, en cuanto posee una naturaleza animal, predomina el instinto alimentativo por lo mismo que en él estrictamente los demás instintos orgánicos. Hay más: no consiente duda el que el hombre puede y debe utilizar, procurando no salirse del buen orden, las facultades de su naturaleza inteligentes para remediar sus necesidades vegetativo-animales. El respecto habido á la adquisición de los alimentos necesarios es, por decirlo así, la parte material del motivo que hace al Labrador empujar la esteva del arado y le enseña fatigosas faenas, el que alienta al marino á sostener rudos combates con las olas y los temporales, é introduce al minero en las entrañas de la tierra para de ellas extraer á viva fuerza lo que pueda trocar por pan. Ora el hombre invierte todo el poder de su ingenio reflexivo en discurrir artificiosas máquinas que le ayuden á ganar de comer, ora un animal que parece flor palpe el fondo del Océano con sus delicados tentáculos,

ambas manifestaciones del apetito sirven al mismo fin de la existencia orgánica. Mas la inmensa diferencia consiste en que, para el hombre, la esfera vegetativo-animal no es, como quien dice, sino la *materia circa quam*, y que es capaz de ennoblecer con respetos más elevados los motivos que de esta esfera inferior brotan. No se resume, por lo tanto, la importancia del elemento inteligente en servir de complemento a la lucha vegetativo-animal (núm. 446). Por su razón el hombre sobrepuja á toda la animalidad que ve dentro y en torno de sí, tanto como el espíritu aventaja á la materia. El bien del bienestar sensible sea en hora buena el que corresponde á la naturaleza del bruto; y aun á la naturaleza del hombre en cuanto encierra la del bruto; mas no es aquel bien que de modo *específico* compete á la naturaleza del hombre. Si así no fuera, el libertino sediento de placeres y conocedor de platos suculentos, que sabe procurarse con astucia de truhán medios abundantes para satisfacer sus apetitos brutales, sería por esto mismo un *hombre* bueno en grado eminente, y no un hombre *malo*; por igual razón, el soldado que, siguiendo el dictamen de su conciencia, sacrifica entre mil fatigas su vida por la patria sería un mal hombre, y el hombre que tuviera con que hartarse de goces animales sería un hombre perfectamente feliz. Estos son pensamientos en que basta detenerse para persuadirse de que son completamente insostenibles y rematadamente viles y rastreros, y para dar gracias á Dios de que la experiencia de todos los hombres los desmiente á cada hora y á cada paso. Porque, ¿dónde se encontrará un hombre tan impotente para cuanto se eleva sobre la animalidad, que no conozca nada superior á la satisfacción de los antojos que nos confunden con el bruto? Las potencias del conocimiento y del apetito en el hombre poseen un objeto fuera del alcance de la animalidad, cual es la verdad y el bien moral (*bonum honestum morale*).

Este objeto es, comparado con lo que hay de animal en el hombre, como el vasto y hermoso Océano al lado de un charco cerca de la playa, desde la cual le alcanza de vez en cuando alguna oleada. El pobre bracero que gana el pan con el sudor de su frente, luchando entre mil amarguras y trabajos por la existencia, como no lo hace siquiera el animal, puede ocultar bajo las duras apariencias de sus angustias y fatigas un motivo infinitamente más noble y sublime que todo este vasto mundo, con cuantas maravillas encierra, si sabe que una Providencia que lo dirige todo le ha colocado en un lugar del universo donde cumpla la voluntad de Dios, sustentando su existencia conforme al orden de la naturaleza, que al hombre le hace hombre. El hombre es un animal, sí, pero es más que animal.

Con todo, nos atrevemos á manifestar nuestra persuasión de

que, aun en la sociedad en que se mueven los correligionarios de SCHNEIDER, no se ha llegado á juzgar en la *práctica* la significación del hombre por el grado de satisfacción que sabe dar á sus apetitos sensuales. Pero donde se trata de la ilustración del pueblo, de la enseñanza de la juventud, en sus escritos y en las cátedras universitarias estos hombres han depuesto — digámoslo con franqueza — toda vergüenza. En nuestro autor podemos observar cómo los sabios de la escuela haeckeliana no tienen inconveniente en ostentar con descaro la parte exclusivamente animal del hombre tal como acabamos de indicarla, bastándoles el hecho innegable de llevar el hombre en sí una naturaleza de verdadero animal como elemento secundario de su ser para declarar que el hombre no es más que animal. ¡Entonces sería el hambre el resorte más noble de todas las acciones humanas, y el satisfacer necesidades brutales sería el último y supremo objeto de todos los esfuerzos humanos! ¡Y la única ventaja que el hombre llevaría al bruto consistiría y se mostraría principalmente en refinamientos culinarios y afrodisios., y demás cosas hediondas que desde lejos se indican para volverles al punto la espalda. "Todo, dice SCHNEIDER, lo que el hombre ha llegado á ser por su inteligencia, es obra del hambre. De no haber hambre, nadie habría reflexionado sobre los fenómenos de la naturaleza, ni levantado su mirada á los astros; no habría vivientes que pudiesen dar á entender sus pensamientos y afectos si no tuvieran hambre. ¡Y cuán poco ha meditado el hombre sobre este omnipotente instinto vital, este resorte universal que impulsa el movimiento de todo el engranaje de la vida psíquica entera! ¿Qué nos sabe decir hasta ahora la Ciencia que trata de penetrar con su espíritu investigador el cielo y la tierra, las cosas animadas y las inanimadas, sobre el principio fundamental de todo empeño y anhelo humano, fuente primordial de todas sus fatigas y pesares?", "Hasta nuestros días, prosigue el autor, la humanidad civilizada, sedienta de filosofía, bebía en los manantiales que le abriera la religión cristiana. La filosofía de la voluntad, cargada de grillos dogmáticos, no podía desenvolverse á sus anchas. Ahora la mayor parte del pueblo se ha emancipado de la fe, y solamente queda por lamentar que toda la Filosofía *práctica* de los *profanos* se halle tan estrechamente enlazada con las tradiciones religiosas. Esta es la razón por qué gran parte de la humanidad civilizada siente, una vez perdida la fe de sus padres, la necesidad de una filosofía que pueda practicarse en la vida." (Págs. 1-4.) Después expone más en particular cómo debe esperarse la salud del porvenir de la Zoopsicología. Pero juzgamos excusado citar más que el pasaje transcrito.

578. Si semejante modo de ver al hombre y al mundo no fuese más que el extravío de algún imbécil ó de cierta plebe que se paga de ilustrada, lo mejor sería *no meneallo*. Pero ello es, por culpa de nuestros pecados, que es la fiel expresión de aquella concepción monística de la vida que cuenta por millares á sus adeptos — aun entre los encargados de enseñar y educar á la juventud — y que es profesada hasta en las esferas más altas de la Ciencia. Cier-to que en vano hojearnos los libros y lecciones impresas de estos apóstoles del embrutecimiento para hallar algún ensayo serio de abonar con razones sus dictámenes degradantes. De cómo proceden cuando alguna vez hacen ademán de demostrar sus tesis, nos da SCHENEIDER un ejemplo instructivo. La índole ideal del hombre, su naturaleza supraanimal, se revela en el terreno del apetito, parte en el punto de vista más elevado y ético, desde el cual el hombre pensador pone en ejecución las determinaciones de su voluntad en cuanto moralmente buenas (número 441), parte en el libre albedrío (núm. 442). Luego, para degradar al hombre á mero animal, el autor debía de haber desvirtuado *ambos* argumentos mediante razones concluyentes. Pero respecto del primero de estos rasgos característicos de la naturaleza humana se hace el desentendido. Mas no se lo pongamos en cuenta muy caro, ya que á hombres interesados en volver por el ateísmo como por causa propia se les va haciendo difícil á la larga conservar la aptitud de entender los conceptos del bien moral y estimar en su justo valor los impulsos nobles de la conciencia; antes no tardan en volverse insensibles á todos los impulsos de la naturaleza humana menos á los que emanan de sus innobles elementos animales. Seméjase la naturaleza humana á una araña formada de preciosas sargas de perlería y perlas; mientras está suspendida, pendiente de la mano de Dios, ofrece un aspecto soberbio; desatada del vínculo que con Dios la une, cae al suelo hecha un montón de añicos insignificantes, confundidos con la basura.

579. ¿Y la libertad de la voluntad humana, condición irremisible de la dignidad humana? El monismo lo niega, según regla que aprenden los niños respecto de los substantivos indeclinables. Los nombres que no se pueden declinar, como neutros se deben considerar; regla que, aplicada al caso de los monistas, diría: No son cosas existentes las que no se ajusten á nuestro antojo. A esta pauta se atiene el autor que tan fielmente interpreta las enseñanzas del monismo relativas á esta materia al decir, á despecho de los hechos más evidentes: "El hombre es incapaz de seguir otra representación de fin sino la relativamente más agradable," (página 75), trayendo á plaza con desparpajo asombroso un pensamiento de que hace debida justicia cualquier compendio de Filoso-

fía elemental. Después continúa: "Que aún el hombre no posee una voluntad absolutamente libre, será evidente para quien quiera que haya leído lo que precede. No es lícito designar como absolutamente libre una elección después que he demostrado (¿dónde?) que en toda elección vence siempre la representación relativamente más agradable, y ninguna otra puede al mismo tiempo adquirir el valor de un impulso de voluntad." (Pág. 79.) ¿Habrà el autor, que sale garante de la verdad de estos asertos, estado persuadido por un solo instante de que con un argumento tan raído, y tantas veces pulverizado por la Ciencia, ha destruido efectivamente el hecho que brilla con luz vivísima en la conciencia humana, de que los hombres ejecutan muchas de sus acciones teniendo presente con claridad nada ambigua que, si hubieran querido, habrían podido dejar de ejecutarla ó obrar de otro modo? No obstante, el autor no se aviene á renunciar al término "libre albedrío," á fin de enmañañar, en cuanto le sea posible, los conceptos de sus lectores. Hay un libre albedrío, dice, "que consiste en el triunfo necesario de la idea más conducente sobre la idea menos conducente," (pág. 80), con lo que tiene una libertad que puede trasladar á los brutos. "Muchas veces sucede también á los animales superiores que una idea triunfa sobre una percepción, de suerte que ejercen una libre voluntad análoga á la que solemos atribuir al hombre. Animales jóvenes dejan cogerse fácilmente por los cebos puestos en todo género de trampas; pero en los animales viejos vence la idea del peligro que debajo de ellos se oculta, y apartándose del cebo á pesar de su hambre, muestran indudablemente tener una libertad de voluntad cual se manifiesta en el hombre de igual manera." (Pág. 85.)

Esta estratagema del autor, — la de llamar libertad lo que no lo es, — es una muestra de la táctica con que los adeptos de la escuela de DARWIN y HÆCKEL cogen en sus redes á tantos lectores míopes aplicando términos que hasta ahora no denotaban más que procesos de la vida racional del hombre á fenómenos que, por pertenecer á la vida animal, acaecen así en el hombre como en el bruto. Este es el método científico que se emplea en la palabra "voluntad." Tomada en el sentido tradicional, significa aquella facultad apetitiva que es guiada por la inteligencia, por la razón (núm. 446). El hombre posee una voluntad, y á más de la voluntad una facultad de apetecer sensitiva; ésta la tiene común con todo animal; la voluntad, empero, no se encuentra más que en el hombre. Inspirándose, al contrario, nuestro autor en el ejemplo de SCHOPENHAUER, despoja á la palabra voluntad de su significado fijo y usual para denotar con ella *todo* apetito, *toda* propensión propia de los animales en general, hablando siempre de la voluntad de los animales donde debiera de hablar de su apetito. La mis-

ma manipulación hace con la palabra "pensamiento". Con esta palabra suelen expresarse esas concepciones cuyo valor universal excede á las cosas y relaciones materiales é individuales, que, cierto, no se dan sino en el hombre (núm. 445). SCHNEIDER divorcia el sentido, generalmente reconocido y aceptado, del término que lo expresa, y fuerza la palabra, privada de su sentido, á un maridaje antinatural con cualquier combinación de conceptos que se le viene en talante formar. Así, no es mucho que el ingenioso varón se vea sin gran dificultad en la dichosa situación de poder atribuir á los brutos "conceptos", y de consiguiente, también reflexiones en el sentido *propio* de la palabra. "Reflexiona, sin duda, el armadillo que socava las construcciones de los termitas y los hormigueros de manera que muchos de los insectos tienen que caer en su hoyo." (Pág. 331.) "Un grado relativamente alto de desarrollo de la inteligencia supone el ataque común y sistemático á la presa. Los necrófagos se llaman mutuamente en auxilio, lo cual hace presumir que estos escarabajos, no solamente tienen la idea de otros de su especie, sino que saben también que fuerzas unidas son más eficaces que la fuerza aislada." (Pág. 333.) No queremos dudar de los "pensamientos, de los necrófagos con tal que por ellos se entienda conceptos en el sentido de SCHNEIDER; antes debe concederse que todos los animales "piensan", en el sentido por él definido, y aun suelen pensar más y mejor que nuestros sabios; así como no hay por qué negar que el rucio que lleva costales se dedica á la ciencia, con tal que por ciencia se tenga el llevar trigo al molino. Que el autor se dé aquí á sí mismo en el rostro, dicho sea de paso, volviendo á traer á cuento la inteligencia de los animales que explícitamente rechaza en otros lugares de su obra, no puede extrañarse dado lo enrevesado de su criterio.

580. No necesitamos más para afirmar que las dificultades suscitadas por SCHNEIDER vienen á comprobar de nuevo esta antiquísima verdad: cuanto por un lado el hombre concuerda con los animales, otro tanto se diferencia de ellos por el otro.

Hemos hablado de la Etica, de la libre voluntad; ni siquiera necesitábamos picar tan alto, cuando bastaba señalar las producciones del espíritu humano. "¿De dónde, pues, procede la humanidad?", pregunta el conocido historiador de la civilización, OTÓN HENNE-AM-RHYV¹. "Conocida es la contestación que dan Darwin y su escuela; pero sabido es también que este respetable investigador y sus discípulos, graves é ingeniosos, ignoran la causa que hizo provenir de un animal velludo aficionado á trepar por los árboles de las selvas, un Apolo del Belvedere, un Juicio universal, un Hamlet,

¹ En la revista «Nuestra época» (*Unsere Zeit*), 1881, pág. 717.

un *Requiem*, una *Critica de la Razón pura*, un Cosmos, el empleo de la fuerza de vapor, la fotografía y la telegrafía, mientras que otros animales velludos de la misma interesante especie todavía siguen trepando por los árboles, y no saben siquiera encender una lumbrecita, ó tallar una porra, ó tan sólo reír, ni tampoco tienen esperanza de aprender nada de esto jamás. Con todo, hemos de ser parientes de los animales; dicen que toda la construcción de nuestro cuerpo lo demuestra; ¿quién nos resolverá el enigma? A fe que todavía no hemos pasado del *bello pensamiento* del autor del *Genesis*, de que Dios inspiró su aliento al primer hombre. *Si esto pudiera considerarse como hecho, todo quedaría resuelto.*

Conviene mencionar aquí otra objeción. LÁZARO GEIGER intenta echar un puente sobre el abismo que separa al hombre del bruto, mediante la lengua¹. Reconoce toda la longitud de la distancia que va de las cotumbres del hombre á la manera de vivir de los animales. "El hombre, no solamente utiliza, como los demás animales, un lugar que le sirva de vivienda y una presa que satisfaga su hambre, sino que se vale también para conseguir su intento de cosas que por casualidad halla á su alcance ó tienen entrada en el círculo de sus pensamientos y conclusiones. Con sus armas naturales todo animal se defiende de manera que nos causa admiración. Pero aunque le vaya la vida en empujar con el pie una piedra que tiene delante, y que bastaría, una vez puesta en movimiento, para aplastar á su adversario, muere sin levantarse á tan sencilla reflexión; la más extrema necesidad no le inspira jamás una invención, y mucho menos puede el animal llegar jamás á hacer un instrumento ó aparejo."

¿Y á quién debe el linaje humano esta su naturaleza racional? ¡A la feliz casualidad de que alguno de nuestros antepasados dió en hablar! La lengua es la madre de la razón. Una vez que existió la lengua, no podía tardar en nacer la razón. Casi quisiera uno creer que, cuanto más atrevidos son los disparates, tanto más fácil aceptación encuentran; porque ello es que este gran apoteigma de GEIGER ha sido repetido por varones que gozan de nombres célebres en la Ciencia.

En cuanto al primer origen de la lengua, se han presentado varias teorías. La teoría onomatopoyética (teoría de *wau-wau*) deriva las primeras raíces de las palabras de las imitaciones de ciertos sonidos. La teoría interjeccional (teoría de *pu-pu* ó *pa-pa*) las reduce á breves expresiones de afectos. Una tercera teoría invoca el hecho de que las raíces de muy exigua parte de la lengua humana pueden reducirse á meras imitaciones de sonidos ó interjecciones.

¹ *Origen y desenvolvimiento de la lengua y razón humanas*. Stuttgart, 1872.

y las deriva más bien de tipos fonéticos que debieron su origen, ante todo, á impresiones recibidas de fuera. En esta dirección se mueve también esta idea de DARWIN: "Dado que los monos entienden seguramente mucho de lo que les dicen los hombres, y en su estado primitivo lanzan gritos para avisar á sus compañeros del peligro, no parece nada inverosímil que á algún animal pitecoideo extraordinariamente sabio se le ocurriese imitar el aullido de una fiera de rapaña para indicar á sus iguales la naturaleza del peligro que se aproximaba, lo cual podría haber sido un paso primero dado en la formación de una lengua".⁴

También LÁZARO GEIGER sigue este mismo derrotero. Como todo lo que hay en el mundo, también el hombre primitivo poseía sentimiento. Con éste vino la *simpatía*, y de aquí partiría el impulso que hizo al hombre arrojar las primeras palabras, las cuales llenaron el abismo entre el hombre y el bruto, porque ya se ha dicho que la lengua es la madre de la razón.

En este lugar no es oportuno, ni necesario tampoco, entrar en una discusión de las diferentes teorías con que se pretende esclarecer los orígenes de la lengua. En cuanto se conciben en sentido monista, todas parten de la presuposición de que se puede considerar la razón humana como resultado del uso de la lengua. Basta hacer constar que esta suposición es completamente errónea.

Concedemos que la razón humana posee en la lengua un poderoso auxilio para *perfeccionar* sus operaciones. Esto es todo lo que demuestran los adversarios. Pero ni el más leve argumento aducen para hacer creíble que la lengua haya sido también la que *produjo* á la razón. Es todo lo contrario. En cuanto la lengua comienza á ser más que sonidos animales, presupone la razón que de ella se vale para manifestarse. Sin dar por ya existente la facultad abstractiva y la conciencia, no se concibe lo que se llama *lengua* (núm. 447). Tan palmario es esto, que no puede engañar el artificio que emplean los adversarios sino á quien *quiere* decididamente ser engañado. El que *semejantes* objeciones son hechas por sabios cuyos merecimientos verdaderos no ponemos en duda, debe á los ojos de todo hombre pensador ser una prueba más de que es una verdad inconcusa la demostrada diferencia esencial entre el hombre y el animal. Si no se lo impidieran las preocupaciones, se valdrían de la verdad, una vez demostrada, para llevar luz también á las partes aún oscuras de la Antropología. ¡Qué desatino cometen los que, obrando al revés, traen dudas de terreno tan tenebroso y erizado de dificultades para extinguir

⁴ Origen del hombre, tomo I, pág. 48.

la luz aun de verdades que ya ninguna admiten! Si de intereses materiales del Estado se tratase, se encerraría á tal suerte de sabios en un manicomio con toda su ciencia, ó quizá en la cárcel por perjudiciales á la seguridad del Estado. Pero ya estamos acostumbrados á ver que si en ello van los más sagrados y supremos intereses de la humanidad, todo está permitido con tal que lleve la marca, legítima ó falsificada, de la Ciencia.

591. No debemos omitir el llamar la atención sobre una circunstancia que caracteriza mejor que nada el consecuente criterio monista de los adversarios, y es que la descendencia del animal implica á la vez la derivación de él de meros *mecanismos*; de suerte que aun el animal más perfecto, el que está próximo al hombre, no es más que un montón de átomos en movimiento mecánico, y de consiguiente, que la vida entera de los hombres no es más que un conjunto de movimientos mecánicos de átomos materiales. Así lo quiere el monismo mecanista. Permitásenos entresacar algunos de los extremos que necesitan ser aclarados para que no se deje de tener presente cuán disparatada y absurda es semejante tesis.

Ahí está primero el deber moral. Los representantes de los partidos más extremos reconocen el hecho de que existe en la naturaleza humana algún orden moral, algún deber ético. ¿Podrá la explicación mecánica de la naturaleza hacer comprensible este hecho por principios según los cuales no se conocen más que consecuencias, regularmente reiteradas, de condiciones dadas? Haga cuantos progresos quiera esa explicación, mientras sea consecuente no puede descubrir más que una estática ó mecánica de los afectos, un impulso cuyo término y resultado se determinan finalmente por la ley del paralelogramo de las fuerzas. ¿De dónde, pues, querrá el monismo mecanista traer aquel deber obligatorio que de modo nada ambiguo se diferencia de todo impulso mecánico? En balde buscamos entre sus principios uno que nos lo explique.

Dirijamos la mirada á los sublimes ejemplos de *virtudes heroicas*, cuales están inscritos con letras resplandecientes en la historia de la humanidad creyente. Prométenos el monismo mecanista que va á probar pronto que no hay diferencia esencial entre un hombre que todo lo sufre y prefiere morir á violar á su conciencia, y una máquina de buena construcción. Creemos hacer mucha honra á los que tal esperan diciéndoles que eso lo probarán cuando las ranas críen pelo.

Igual dificultad invencible presenta la libertad de la voluntad humana, estorbo que no quitarán jamás de en medio, según ellos mismos confiesan, sino *negando* los actos libres de la voluntad, ó sea negando hechos que constan por la experiencia más directa con igual seguridad que el movimiento mecánico de los elementos.

Por lo que toca á los fenómenos del conocimiento humano, basta proponer con palabras categóricas los problemas para hacer saltar á los ojos lo absurdo de la posición contraria. ¡Una colección de millones de átomos ha de ser el *substratum*, uno en sí, de la conciencia espiritual, del pensamiento! ¡Una cosa sujeta á las relaciones y condiciones de la cantidad ha de ser el principio de acciones que nada tienen que ver con las propiedades de la cantidad! ¡Un *substratum* corpóreo ha de poder representar en nociones é ideas objetos incorpóreos y suprasensibles! Mucho tendríamos aún que añadir aquí si quisiéramos recordar el fenómeno de la conciencia de sí propio, lo ilimitado de las concepciones intelectuales, la naturaleza del juicio y de la conclusión, cual se experimenta, por ejemplo, en cualquier problema matemático complicado, etc. Pero lo dicho es suficiente para poner de relieve la desproporción esencial entre todo mecanismo y los procesos de la vida racional del hombre, abismo que no salvará jamás el monismo mecanista. Que se resigne á volver á sacar las estacas con que ya tiene marcado el camino que del bruto conduzca al hombre, porque con la *mechanica pura* no marchará; esto es cierto como nuestra muerte.

Mas ¿qué importa todo esto á los partidarios del monismo mecanista? Para disimular de algún modo el abismo inmenso entre la materia mecánicamente movida y el hombre, ser inteligente y libre, colocan un animal entre estos dos extremos, invitándonos á mirar fijamente las semejanzas orgánicas sin parar mientes en las desemejanzas. Porque así creen habremos de acabar por dar la razón al catedrático HÆCKEL, quien, después de tantas vergonzosas derrotas, todavía tiene ánimo para repetir por milésima vez la vieja cantilena: "Si es cierto que la teoría evolucionista es verdadera; si es cierto que hay una historia natural de nuestro linaje, también el hombre, corona de la creación, ha salido de la stirpe de los vertebrados, de la clase de mamíferos, de la subclase de placentarios y del orden de monos". Sea de la historia natural del género humano lo que fuere (que este punto lo pensamos tratar más tarde), conforme al criterio psicológico antes expuesto es imposible que de la animalidad se haya desenvuelto el principio espiritual de la vida de razón, el alma humana. La cosa está juz-

¹ Este pensamiento lo desarrolla SANTO TOMÁS en la *Summa contra gent.*, l. II, cap. XLIX: «Intellectus non comprehendit rem aliquam intellectam per aliquam quantitatis commensurationem, quam se toto intelligat et comprehendat totum et partem, maiora in quantitate et minora. » Si intellectus esset corpus, formae rerum intelligibiles non reciperentur in eo nisi ut individuatæ; non ergo intellectus intelligeret universalia sed solum particularia; quod patet esse falsum. »

² «Si intellectus est corpus, actio eius ordinem corporum non excedit; non igitur intelligeret nisi corpora; hoc autem patet esse falsum.» (S. THOM., *loc. cit.*)

³ La teoría evolucionista en su actual estado. Conferencia, pág. 10.

gada. Pero, aun aparte de este extremo capital y decisivo, el argumento psicológico, de la consideración del tipo puramente orgánico del hombre resultan diferencias que los hæckelianos tratan en vano de despojar de su gran importancia.

II.—LA DIFERENCIA ORGÁNICA ENTRE EL HOMBRE Y EL BRUTO

582. Mirando la Filosofía cristiana el abismo infranqueable que por el lado psicológico separa al hombre del bruto, no pudo admitir duda alguna acerca de la imposibilidad de que el hombre descendiese del animal. No desatendía esta Filosofía las diferencias orgánicas, pero solamente en cuanto les atribuía una importancia secundaria é indirecta ¹.

Una vez que consta que la vida racional del hombre es suprasensual y supraorgánica, y, por lo tanto, que depende sólo por modo indirecto del organismo como de su presuposición natural, consta también que la organización entera del hombre sirve por modo directo á la vida sensitiva y vegetal, ó sea á una vida que cuadra de modo análogo al hombre y al bruto. Engáñanse todos aquellos que encuentran la diferencia esencial entre el hombre y el bruto, ante todo, en la diferente estructura de los músculos, huesos, nervios y tendones. El hombre seguiría siendo hombre aunque anduviera á gatas, ó tuviera garras en lugar de uñas y aullara en vez de hablar ó cantar; y al revés, todo cuadrúpedo vendría á ser de linaje tan noble como el hombre en cuanto recibiese inteligencia. En este sentido, KANT hizo un día la atinada observación que si su caballo diese alguna vez en decir "yo soy", no lo montaría él más. Conque no habrá que buscar sino indicaciones en el terreno orgánico, siquiera se las encuentre en número crecido.

583. Las peculiaridades orgánicas no tienen importancia para realzar la diferencia esencial de hombre á bruto sino cuando se considera cada señal, no por sí sola, sino en relación con el orga-

¹ Tocante á este extremo, el catedrático FR. XAVIER PFEIFER hace una observación de cuya verdad conviene penetrarse: «Cuando se trata de inferir de los fenómenos el ser que en ellos se mal muestra, es preciso distinguir dos clases principales de fenómenos: la de los morfológicos, ó sea la forma corpórea permanente, y la de los dinámicos, ó sea los modos de actividad. Así el alma de hombre como la de los animales se manifiesta por un lado en la cualidad de la organización corpórea, y por otro de modo dinámico en las operaciones y efectos. Para el conocimiento de las ciencias, las manifestaciones dinámicas, las obras, suelen tener un valor más alto que los fenómenos morfológicos; pues es sabido cuán falaz es todo intento de inferir de la forma corpórea de un hombre sus facultades psíquicas ó su carácter moral. Un criterio mucho más seguro son las palabras y las obras de un hombre. Cuanto más elevada es la jerarquía natural á que un ser pertenece, tanto más decisivas son sus manifestaciones dinámicas para conocer su esencia. Esta verdad, tan importante en la teoría del conocimiento, es desconocida por completo por el materialismo moderno, y convertida en su contrario» (*Relaciones armónicas entre la escolástica y la ciencia natural moderna*. Augsburg, 1881, pág. 31. Es extracto.)

nismo total, y entonces su peso es tanto que por sí solas persuaden de la verdad. La formación del pie, el andar derecho, la mirada libre, la mano con su admirable estructura, el aparato bucal sumamente singular, indican que el hombre está destinado á ejercer el imperio más extenso sobre la materia, abarcando con su vista y su entendimiento todo las estrellas que adornan el cielo y guarnecen la bóveda celeste¹.

Toda la figura humana con sus proporciones singularmente armoniosas, sus detalles maravillosamente delicados, y en particular el rostro humano, parece haber recibido un baño de un ser más elevado y espiritual. Si un espíritu diese en formarse un cuerpo, debería ser el humano. Además, la magnitud y configuración del cráneo, la anchura del ángulo facial, la cantidad relativamente grande del cerebro, y en particular de la substancia gris, la multitud y complicación de los surcos y circunvoluciones del cerebro, son ciertamente otros tantos indicios de que la vida sensitiva tiene que llenar en el hombre un ministerio esencialmente más importante que en los animales privados de razón (núm. 449).

No hemos de ocultar que algunas de estas señales son hasta el día presente objetos de vehemente discusión. HUXLEY, por ejemplo, pretende reconocer también en el gorila lo característico del pie y de la mano del hombre; en cuanto á la postura erguida, VOGT dice que una bandada de halcones puestos en pie sobre los arrecifes de Escandinavia, con sus pechos blancos que parecen pecheras, y su alas negras que semejan fracs, ofrecen el mismo aspecto que una reunión de pastores de la Asociación protestante; y por lo que atañe á la masa cerebral, dicen algunos que ciertas especies de animales se aventajan al hombre en peso relativo y absoluto, etc. Poco nos va en lo que resultare de estas controversias. Consta que aquellas señales, tomadas en su totalidad, colocan al hombre del modo más decidido, aun bajo el concepto orgánico, fuera de todo el reino animal, como lo conceden hasta los más ardorosos defensores de la explicación mecánica del mundo (VOGT, HUXLEY, HÆCKEL).

Quede hecha mención de paso también de otra circunstancia, aunque es de carácter psicológico, la cual, á nuestro entender,

¹ *Sensus sunt dati homini non solum ad vitae necessaria procuranda, sicut aliis animalibus, sed etiam ad cognoscendum. Unde quum cetera animalia non delectentur in sensibilibus nisi per ordinem ad cibos et venere, solus homo delectatur in ipsa pulchritudine sensibilibus secundum seipsum. Et ideo, quia sensus praecipue vigent in facie, alia animalia habent faciem pronam ad terram, quasi ad cibum quaerendum et providendum sibi de victu; homo vero habet faciem erectam, ut per sensus, et praecipue per visum, qui est subtilior et plures differentias rerum ostendit, libere possit et omni parte sensibilia cognoscere et coelestia et terrena, ut ex omnibus intellegibilem colligat veritatem.* (S. THOM., *Summ. theol.*, I, q. 91, a. 3.)

añade nuevo peso y muy considerable al de las ya enumeradas. La extraordinaria frecuencia y variedad de perturbaciones mentales y hábitos de satisfacción antinatural de sus pasiones que ocurren entre los hombres, no indican que los hombres no están, como el animal, abandonados á los movimientos materiales de su vida sensitiva, sino que fuerzas suprasensibles se ingieren en el juego de las orgánicas?

¿Hemos estado tal vez demasiado atrevidos en las conclusiones que hasta aquí hemos hecho?

Hasta tiempos recientes no han faltado naturalistas notables á quienes bastase la consideración de las diferencias orgánicas del hombre y del bruto para afirmar que es imposible el origen animal del hombre. ALFREDO RUSSELL WALLACE, el conocido rival de DARWIN, entre otros sostiene que, de descender los salvajes de monos, no podrían poseer sino un cerebro que aventajase un poco al de sus progenitores y cuadrumanos, siendo así que disponen de un cerebro poco inferior al de un filósofo¹; los sonidos de la voz de los monos no se igualan con mucho á los sonidos musicales de la voz humana, siendo imposible concebir que á una evolución espontánea de la animalidad debamos un aparato bucal tan delicado, ni la estructura particular de nuestro pie, condición del andar derecho, ni la habilidad de nuestra mano, tan superior á todos los órganos meramente prehensiles ó trepadores, como tampoco es verosímil que, al paso que nos fuéramos desenvolviendo, nos despojáramos de los medios de defensa contra la hostilidad ajena ó las inclemencias del tiempo.

Como WALLACE, también JOHN HERSHEL, el anatomista RICARDO OWEN, el geólogo DAVID PAGE, el anatomista francés J. BROCA y otros, han tenido en cuenta las peculiaridades anatómicas y fisiológicas del hombre al declararse adversarios del origen animal del hombre.

584. Agrégase á todo lo dicho otro conjunto de hechos muy dignos de nuestra atención. Porque á la vez que la vida sensitiva del hombre muestra, desde el punto de vista hasta ahora ocupado por nosotros, una perfección específica y singular de que los demás animales carecen, se presenta por otro lado como incompleta, deficiente y necesitada de algún complemento. ¿Dónde está en el hombre la exuberancia de instintos y destrezas que guían de modo tan maravilloso á todas las especies irracionales, y á cada una de ellas de una manera particular? A decir verdad, si la naturaleza no hubiese contado, si es lícito expresarse así, con la dirección ra-

¹ *Contributions to the theory of natural selection.* London, 1870.